EL REENCUENTRO CON EL ENTIERRO DE LA SARDINA: AÑO 1942

Para Felipe Nicolás.
A la voz y el hombre.

EL final de la guerra civil española coincidió con esas fechas en las que, después de todo un año de encierro y silencio, tradicionalmente salían a la calle las ancestrales imágenes de la pasión, con lo que ni éstas, que se hallaban deterioradas a causa de los incendios de iglesias y conventos, ni las consiguientes fiestas de primavera pudieron llevarse a cabo durante la más inmediata posguerra, allá por abril de 1939.

Los periódicos murcianos de la época se ocupaban en sus escasas páginas de los últimos rescoldos de la contienda: persecuciones, peticiones de penas de muerte, depuraciones, consignas del nuevo régimen, detenciones, etcétera.

Sin embargo, la alegría de un pueblo mediterráneo como el murciano, vividor y juerguista frente a la adversidad y a la muerte misma, estaba obligada a manifestarse de alguna manera. Sólo un mes después de finalizada la lucha fratricida, ya se anunciaba la primera novillada en Murcia. En ella actuaban los diestros de la tierra José Vera, "Niño del barrio", y Fernando Vera, "Niño del barrio II", actuando —para no omitir detalle— de sobresaliente Salvador Barrera, más conocido por "Barrerita", nombre de guerra que, bien mirado, no acusaba, que digamos, un gran derroche de imaginación.

La piscina del Murcia-Park abría sus puertas, en horario de 9 a 7, a quienes quisieran rendir su cuerpo a la purificación del agua, dicho sea, por las señaladas fechas a las que nos referimos, sin ninguna doble intención ni ánimo de ofensa.

La pepita de almendra se cotizaba a 5 pesetas el kilo, y a 60 céntimos lo tocante a la patata. Se anuncia un inminente reparto de café y azúcar, en tanto que el Imperial, en materia futbolera, venía a domicilio por dos goles a tres a nuestros vecinos de Alcantarilla.

Al siguiente año, sin embargo, nadie estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión de dar esparcimiento al cuerpo antes que le llegara el turno a la, por entonces, severa y más que estricta Cuaresma. No pusieron demasiados impedimentos las autoridades si tenemos en cuenta que el sabidillo de turno, que en ningún lugar falta, vio propicia la ocasión para retomar las fiestas paganas y hacerlas coincidir con el primer aniversario de la finalización de la guerra civil y la consiguiente victoria de uno de sus contendientes.

Durante 1940 no hubo —que los viejos recuerden— ni Bando de la Huerta, ni Batalla de las Flores. Ni siquiera Entierro de la Sardina. Y sin embargo, los numerosos murcianos que asistieron a la ostentosamente denominada "Gran Cabalgata de las Industrias, Artesanía y Comercio murciano" creyeron ver, y razones no faltaron para ello, los tres actos en uno, como si la propia locura de la guerra hubiera juntado a tirios y a troyanos en el mismo saco de los revoltijos.

A las siete de la mañana comenzó —así lo cuenta las crónicas— la susodicha cabalgata, que previamente se había agrupado en la Plaza de Juan de la Cierva. Su recorrido discurrió por las principales calles de la ciudad: Alameda de Colón, Puente Viejo, Glorieta, Plaza de Belluga, Trapería, Santo Domingo, Plaza del Romea, San Nicolás, Plaza de San Pedro... hasta su regreso a la Alameda de

Colón, lo que tuvo lugar pasadas las dos de la tarde.

Es verdad que el acto tuvo lugar a pleno día y que no hubo ni una sardina que llevarse a la boca. Ni siquiera hubo hachoneros ni bengaleros. Pero, eso sí, no faltaron las carrozas alusivas a esos sindicatos con los que contaba nuestra ciudad: confiteros, cafés y bares, uso y vestido, espectáculos, artes gráficas, ganaderos, etcétera. A estos últimos, los ganaderos, les correspondían una carroza en la que aparecía una máquina de embutir llena de cerdos por la parte superior. Los magros marranos se transformaban, por mor de la nueva tecnología y algún que otro misterioso conjuro, en suculentos embutidos que asomaban por la base de tan industrioso artilugio.

Tampoco estuvieron ausentes los cortejos de huertanos, como aquel en el que se representaba una boda con sus novios, padrinos y acompañamiento, amén de sus correspondientes cuadros de baile; todo ello aliñado con la banda de música de Beniaján.

Pese a las declaradas intenciones políticas de acto tan variopinto y suigéneris, más de una autorizada voz puso el grito en el cielo ante tamaña manifestación de júbilo en un país —decían— en el que era necesario volver al rezo y al estreñimiento, al luto y al garrote. De ahí que se pueda entender que don Antonio Gómez Jiménez de Cisneros, quien pocos años más tarde alcanzara la vara de alcalde de la ciudad de Murcia, advirtiera, de muy buenas maneras, a tales "misántropos" que, después de siete años, ya era hora de recobrar las casi perdidas fiestas de primavera puesto que —y así lo dijo el bueno de don Antonio— "se corría el riesgo evidente de que el desuso y la inercia empolvasen la memoria y anquilosasen el humor". "Al hombre —concluía la inspiradísima arenga, publicada en el diario "La Verdad"— no se le puede mantener continuamente en la preocupación y la seriedad. Necesita, como el cuerpo el descanso, el espíritu el reposo y la alegría,

sana y oportunamente administrada de vez en cuando".

Y así fue, previamente abonado el terreno con gran tiento y gracia, como volvió el regocijo del Entierro de la Sardina a las calles murcianas en donde, hasta entonces, hasta el mismísimo azahar parecía haber enmudecido.

El miércoles, 8 de abril de 1942 fue la fecha del reencuentro con la magia perdida. La Delegación Provincial de Sindicados fue la organizadora del acto. Las carrozas se dieron cita en la Plaza del Romea. Allí fueron celosamente custodiadas por la Policía Armada y la Guardia Municipal.

A las ocho y media de la tarde se puso en marcha el cortejo hacia la recién llamada —cómo si no— Plaza del Generalísimo. El estandarte sardinero iba a la cabeza; después, una escolta de heraldos ricamente ataviados —a ver qué remedio— con vestiduras con los colores nacionales. Dos gigantes, una banda de música y un grupo de cabezudos con sus correspondientes hachoneros y bengaleros cerraba esta primera sección.

La primera carroza que aquellos murcianos, mitad hambre, mitad sueño, de 1942 pudieron divisar fue la de Vulcano, con sus 24 herreros a pie con sus correspondientes herramientas representativas, grupo de chisperos y banda de música.

En torno a la carroza de Baco, de la que se ocuparon de engalanar los sindicados de la Vivienda y Hospedaje, Espectáculos y —como no podía ser menos, pues del dios del vino hablamos— Alcoholes, desfiló una nutrida comparsa de bacalaos y de patos, sin que exista cabal noticia de que carne o pescado hicieran buenas o malas migas.

Las dos siguientes carrozas fueron las que más llamaron la atención del numeroso público, huertanos y campesinos los más, allí congregado. Representaban al Centro Chino y al Centro Brujo. Los primeros estaban patrocinados por el entonces floreciente sindicato del Pimentón, con lo que se le rendía un merecido homenaje a los que en su día elevaron las especias hasta los mismísimos altares.

No pasaron desapercibidos los doce murciélagos y las doce hechiceras del Centro Brujo, carroza que, a la sazón, había diseñado el pintor Luis Garay y ejecutado finalmente el artista santomerano, y escultor de pro, Antonio Garrigós.

Venían a continuación las carrozas alusivas a los dioses Mercurio y Neptuno. Delante de la siguiente, la del Infierno, se arrastraba un mitológico dragón de más de diez metros de largo —de ahí que en algún diario de la época se le llamara "serpentón"— con sus correspondientes demonios, que provocaron más de un susto a la sorprendida concurrencia que mostraba así su buena disposición hacia posteriores trabajos de un tal Spielberg.

Cerraba la comitiva, como era de rigor (pues ni siquiera la guerra fue capaz de que se echara en olvido tal detalle) la carroza de la Sardina que había sido presentada, de acuerdo a la tradición, por el Casino de Murcia.

Cuenta un ingenuo cronista, con más voluntad que estilo, que la tal sardina "aparecía muerta sobre una gran concha, a la que daban guardia de honor dos peces espadas y del que tiraban un besugo y tres caballos de mar". La escolta estaba formada por 16 soldados romanos, con su casco, escudo y lanza guerrera.

Total: nueve bandas de música, cien

hachoneros y 114 bengaleros. Lo que no estaba nada mal para los tiempos que corrían.

Poco después de las once llegó el desfile a la Glorieta. Una gran traca aérea se hallaba instalada a todo lo largo de la balaustrada desde la entrada al Parque hasta el Puente Viejo, en cuyo centro fue realizada la cremación, a pocos metros de unas aguas inodoras y límpidas por entonces.

Cerca de las doce comenzó a arder la sardina. Después vendrían los cohetes y el trueno final. Se encendieron las luces y todas las bandas que habían participado en el desfile ejecutaron —cuenta el cronista, que a un mismo tiempo— el himno nacional, "que la muchedumbre escuchó respetuosamente brazo en alto".

Al día siguiente, un misterioso columnista del diario "Línea", quien firmaba con la inicial L. se hacía eco del éxito sin precedentes de tal evento, en tanto que pedía con toda urgencia la constitución de una junta murciana de festejos para poner en marcha el Entierro de la Sardina del año siguiente.

En ese mismo ejemplar del diario "Línea", correspondiente al día 9 de abril de 1942, el Bar Santos anunciaba su café puro y sus buenos licores; un ama de cría de 23 años, con leche de dos meses, ofrecía sus más que garantizados servicios; el doctor García Pérez, ponía a disposición de los lectores su comprobada eficacia para curar las almorranas; el Real Murcia acababa de regresar de su viaje a Salamanca en donde había logrado imponer su dominio y su superioridad en el marcador; en tanto que, en una breve nota de sociedad, se dejaba constancia de la toma de dicho de la bella señorita Conchita Cardiel con don Pascual Zamora. "La boda —se leía una línea más abajo— ha sido fijada para muy en breve"... Más de medio siglo después, que se sepa, nadie ha logrado contar si fueron felices...

José Belmonte Serrano
Universidad de Murcia